

(A) De la marcha de Jesús. Llegaba el tiempo de *dejar el mundo e ir al Padre* (Jn. 16:28), para *no ser visto después sino por los testigos que Dios había escogido de antemano* (Hch. 10:40–41). Incluso éstos no le vieron sino por unos pocos días (Hch. 1:11), pues fue elevado al Cielo *hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas* (Hch. 3:21); es decir, en su Segunda Venida.

(B) De la obstinación y ceguera de ellos: «*No me veréis más, a mí que soy la luz del mundo* (Jn. 8:12), pues estáis ciegos para pecar *de lo que es para vuestra paz* (Lc. 19:42), *hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor*». La ceguera voluntaria suele ser castigada con la más temible de las cegueras, la ceguera judicial. Durante las siete primeras plagas de Egipto, leemos que Faraón *endureció su corazón*, pero a partir de la octava, leemos que *Dios endureció el corazón de Faraón* (comp. Éx. 9:35 con Éx. 10:1). Cuando alguien se obstina en no reconocer a Dios, Dios le entrega a una mente reprobada (Ro. 1:28). El silbido del pastor deja de oírse a medida que la oveja se aleja de él. *Hasta que digáis*; cuando Cristo vuelva *con sus ejércitos celestiales* (Ap. 19:14) los judíos—como nación salva (Ro. 11:25–26)—reconocerán a Jesús, *a quien traspasaron*, como a un verdadero Mesías, al que otrora rechazaron (Zac. 12:10).

CAPÍTULO 24

Este capítulo constituye una de las porciones más difíciles de la Santa Biblia. Todos admiten que es un discurso profético, pero algunos piensan que la mayoría de los eventos aquí profetizados tuvieron cumplimiento el año 70 en la destrucción de Jerusalén; otros piensan que la primera mitad se refiere a la destrucción de Jerusalén, y la segunda a la Venida futura del Hijo del Hombre; otros en fin, que todo el Discurso del capítulo se refiere al futuro como cumplimiento de la semana setenta de Daniel. Es posible que aquí como en muchos otros lugares proféticos, se den dos niveles en el panorama histórico de la profecía, y que algunos elementos que se cumplieron en el año 70 sirvan de tipo y anticipación a los sucesos de la Segunda Venida del Señor. El paralelo de Lucas 21:5 y ss. puede causar confusión, si no se tiene en cuenta el «*pero antes de estas cosas, etc.*», donde Lucas introduce (vv. 12–24) algo que claramente se ha de cumplir durante la era de la Iglesia.

Versículos 1–3

I. Cuando Jesús había salido del Templo e iba de camino se acercaron a Él sus discípulos y le mostraron los edificios del Templo (v. 1). Él les dice que, de todo aquello, no quedará piedra sobre piedra (v. 2).

1. Vemos que Jesús dejó el Templo, pero no dejó a sus discípulos, que le habían seguido cuando fue al Templo, y cuando salió de él. Es cosa buena estar donde Cristo está, y salir de donde Él sale o donde no está. El Templo que Herodes había mandado edificar era verdaderamente hermoso y suntuoso. El Talmud de Babilonia dice: «El que no haya visto el templo de Herodes, no ha visto nunca un edificio hermoso». Los discípulos le llaman la atención acerca de él, por una de estas dos razones:

(A) Porque ellos mismos estaban encantados del edificio, y esperaban que Jesús también lo estuviera. Ellos habían vivido la mayor parte de su vida en Galilea, a bastante distancia de Jerusalén, y raras veces habían visto el Templo; por eso mostraban mayor admiración, y pensaban que Jesús había de admirar también toda aquella gloria. Hasta los hombres buenos son propensos a enamorarse demasiado de la pompa y belleza exterior y a sobrevalorarlas, aun cuando se trate de las cosas de Dios. Es cierto que el Templo era glorioso, pero: (a) Esta gloria estaba manchada y oxidada con los pecados de los sacerdotes y del pueblo; (b) Esta gloria estaba eclipsada y superada por la presencia de Cristo.

(B) O, en señal de tristeza de que este bellísimo edificio hubiese de quedar desolado; en este caso, le habrían mostrado los edificios por ver si retiraba la sentencia que había proferido poco antes. Cristo había considerado la ruina de las almas y había llorado por ello (Lc. 19:41); en cambio, los discípulos se fijaban en los edificios suntuosos, y estaban prestos a llorar por ellos. En esto, como en muchas otras cosas, *nuestros pensamientos no son los de Dios* (Is. 55:8).

2. A propósito de esto, Jesús predice la completa destrucción que ha de sobrevenir a ese lugar (v. 2). Si supiésemos ver con los ojos de la fe cuán efímera es la gloria de las cosas de este mundo no seríamos propensos a darles un valor que no tienen. *¿Veis todo esto?* Ellos querían que Cristo viese todo aquello como ellos lo veían, y que se admirase de ello como ellos se admiraban; pero la mirada de Cristo penetraba hasta lo más hondo del tiempo y del espacio, y por eso veía las cosas de otra forma. Una mirada parecida a ésta nos haría mucho bien.

En vez de revocar su sentencia Jesús la ratifica: *De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra*. Lo afirma de una manera solemne: *De cierto*; sabe lo que dice, y habla de una ruina segura y completa. Aquel edificio que tanto admiraban los discípulos, iba a ser demolido por completo: no iba a quedar *piedra sobre piedra*. Aunque Tito al tomar la ciudad, puso todo su empeño en conservar el Templo, no pudo impedir que sus furiosos soldados lo destruyeran por completo; y la demolición fue tal, que Turno Rufo pudo arar el terreno sobre el que se había levantado el edificio.

3. A continuación, los discípulos le preguntan cuándo sucederá esto y cuáles serán las señales de que esto se acercaba (v. 3). Veamos:

(A) Dónde hicieron estas preguntas. Las hicieron *aparte, estando Él sentado en el monte de los Olivos* probablemente, iba camino de Betania y se sentó allí a descansar. Desde allí se veía bien el Templo.

(B) Cuáles eran las preguntas. Parece que son tres: *¿Cuándo sucederán estas cosas? ¿Cuál será la señal de tu venida? ¿Y del final de esta época?* Los intérpretes judíos estaban acostumbrados a asociar la Venida del Mesías con la consumación del siglo, acompañada de la destrucción de los malvados. Los discípulos estaban, sin duda, acostumbrados a esta manera de pensar (Hch. 1:6) y, al reconocer en Jesús al Mesías, tenían el natural interés en conocer sucesos que habían de acontecer en vida de ellos. El Prof. Homer A. Kent dice sobre esto: «La época en cuestión se describe en Daniel 9:25–27 como un período de “setenta semanas”, de las cuales sólo 69 habían pasado cuando al Mesías *le sería quitada la vida*. Jesús viene a decir en el versículo 15 que se trata de ese período al sincronizarlo con lo que Daniel 9:27 describe como evento situado en la mitad de la semana setenta. De aquí que el Discurso del Olivete se refiere primordialmente al tiempo de la tribulación de Israel». Ésta es la opinión de los dispensacionalistas, que no intentamos imponer a nadie.

Versículos 4–28

Los entristecidos discípulos preguntan: *¿Cuándo?* pero Cristo no responde a esto. En cambio, a la pregunta: *¿Cuál será la señal, etc.?* contesta con todo detalle, Pues era de gran interés, no sólo para los discípulos, que esperaban un cumplimiento inmediato del reino mesiánico (Hch. 1:6), sino para todos los creyentes a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya hemos mencionado los distintos niveles proféticos de la escatología bíblica y así, en el trasfondo de la destrucción de Jerusalén se perfila en el horizonte de la profecía el final de los tiempos y la Segunda Venida del Señor. Lo que aquí les dice Jesús a sus discípulos está destinado primordialmente a mantenerlos en guardia y en vela, más bien que a satisfacer su curiosidad; más a prepararlos para los eventos venideros que a darles una idea detallada de los eventos mismos aunque el contexto general de la profecía nos presta abundantes aspectos complementarios.

I. Cristo comienza con una frase de precaución: *Mirad que nadie os engañe* (v. 4). Ellos esperaban una respuesta inmediata a sus preguntas, al querer conocer los arcanos designios de Dios; pero Él insiste en lo que, después de su resurrección, había de decir a Pedro (Jn. 21:21–22): «*Vosotros seguidme a mí, y no os dejéis engañar por charlatanes y falsos profetas*». Verdaderamente los falsos maestros son más dañosos a la Iglesia que los perseguidores. Tres veces en este discurso, llama Jesús la atención acerca de los *falsos profetas*. Respecto de ellos, obsérvese:

1. Las pretensiones con que se presentarán. Cuando más temible es Satanás, es cuando aparece como *ángel de luz*; bajo los colores más hermosos pueden esconderse las maldades más perversas. Estos *falsos profetas* (vv. 1, 11, 23, 24) pretenderán obrar bajo inspiración divina, y tratarán de engañar con los portentos que obrarán por el poder diabólico (comp. Ap. 13:13–15). Estos engañadores, llamados *anticristos* por Juan (1 Jn. 2:18–19; 4:1, 3), llegarán a ocupar púlpitos en la Iglesia (1 Ti. 4:1 y ss.). Llegarán a decir: *Yo soy el Cristo* (v. 5). No se tiene noticia de que alguien pretendiese ser el *Cristo* entre los años 30–70 de nuestra era, pero actualmente (1981) ya hay alguna secta cuyo jefe supremo es tenido

por Cristo reencarnado, y ciertamente el Anticristo personal, descrito en 2 Tesalonicenses 2:1–4 y que coincide, lo más probable, con el jinete de Apocalipsis 6:1 y ss., está aún por manifestarse. La semejanza de cabalgadura con Apocalipsis 19:11 ha llevado a muchos comentaristas a pensar que se trata del mismo jinete lo cual es un error mayúsculo. Es lamentable que, cuando vino el verdadero Mesías, ni el mundo lo reconoció ni los suyos le recibieron; sin embargo, el diablo consigue engañar a tantos para que crean a los falsos Cristos. Y éstos, a su vez, esparcen sus emisarios por todo el orbe. El verdadero Cristo *no vino gritando, ni alzando su voz, ni haciéndose oír por las calles* (Is. 42:2), pero estos falsos Cristos y profetas se harán notar al llamar fuertemente la atención (v. 23).

2. El éxito que tendrán: *Engañarán a muchos* (v. 5), *si fuera posible, aun a los escogidos* (v. 24). Esto indica: (A) La fuerza de tales engaños; será tal que una masa ingente de personas será arrastrada a la perdición por esta poderosa corriente de maldad, incluidos muchos de los que parecían estar firmes en la fe. Sólo la gracia omnipotente de Dios será suficiente para proteger a los escogidos según el propósito irrevocable de su beneplácito. (B) La seguridad de estos elegidos, en medio de tan enorme peligro, la cual queda garantizada en el paréntesis: *si fuera posible*, lo que implica que es imposible que sean engañados, porque están en las manos de Dios (Jn. 10:28–30).

3. Las repetidas advertencias que Cristo hace acerca de ellos para que los creyentes estén en guardia: *Mirad que os lo he predicho* (v. 25); *pero aún no es el fin* (v. 6); *no lo creáis* (vv. 23, 26). Quien está sobre aviso del tiempo y lugar en que va a ser atacado, tiene medios de precaverse y defenderse. No debemos creer al que nos diga: *Aquí está, o: Allí está* (v. 23), porque sabemos que el verdadero Cristo subió a los cielos (Hch. 1:11) y está sentado a la diestra del Padre hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He. 10:12–13), aunque se halla, por medio de su Espíritu, dondequiera que hay dos o tres reunidos en su nombre (18:20). No hay peor enemigo para la verdadera fe que la vana credulidad, y los necios muestran su simpleza en creer cualquier novedad ostentosa que les produce fascinación, especialmente si proviene de pseudocientíficos charlatanes que saben orquestar una ruidosa propaganda mediante los «mass-media». Sigamos a Isaías cuando dijo: *¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido* (Is. 8:20).

II. Cristo predice grandes conmociones, anteriores a su Segunda Venida (vv. 6–7). En su Primera Venida, los ángeles anunciaron *paz* (Lc. 2:14). Su Segunda Venida será precedida de *guerras*.

1. La situación politicomilitar será terrible: *Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras* (comp. Ap. 6:3–4). La paz es silenciosa y tranquila, pero la guerra es tan ruidosa que hasta las más pequeñas y remotas aldeas oyen de ella y se ven obligados los hombres a intervenir con frecuencia en ella, y todos se ven condenados a sufrirla. Pero, sobre todo, ¡ay de los que rechazan el Evangelio! Quienes se niegan a recibir las buenas nuevas de paz, tendrán que oír las malas nuevas de guerras.

2. Pero eso no será motivo de alarma para los verdaderos creyentes: *Mirad que no os alarméis* (v. 6). Pero, ¿es posible oír tales noticias, y no alarmarse? Todo depende de la confianza que se tenga en Dios, a mayor confianza, menor alarma; a menor confianza, mayor alarma. Los discípulos eran *hombres de poca fe* alarmados por la tormenta cuando llevaban consigo a Cristo en la barca. Si nuestra fe en Cristo es firme, la barquilla de nuestra alma no estará a merced de las olas. Aquí tiene perfecta aplicación lo de Isaías 26:1–4, especialmente el versículo 3: «*Tú guardas en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti confía*». Dos razones da Cristo para convencer a los suyos (también tienen aplicación para nosotros) de que no hay motivo de alarma:

(A) *Porque es necesario que todo eso acontezca*. Dios está llevando a cabo en ese período, a través de la maldad de los hombres, sus sabios designios. Dentro de la preparación para el perfecto reino mesiánico, es del todo inevitable el conflicto, no sólo a nivel doméstico (10:35), sino a nivel internacional, con acompañamiento de toda clase de calamidades: *hambres, epidemias y terremotos* (comp. Ap. 6:2–8). Para que queden las cosas que no pueden ser sacudidas tienen que derrumbarse las que no han de quedar (He. 12:26–27). Cuando una casa vieja se agrieta y amenaza ruina, su derribo no puede hacerse sin ruido ni nubes de polvo, pero después se hará la limpieza y será erigido el nuevo edificio (*¡Bienaventurado el que espere!* Dn. 12:12).

(B) Porque hay que pasar por peores cosas antes de que venga la paz: *Pero aún no es el fin* (v. 6b). No es el fin de esta época terrible que aquí se describe; hay que esperar cosas peores. El contraste con el versículo 8 es extraordinario: *Mas todo esto será el principio de dolores* (*¡No es el fin ... Será el principio!*). A primera vista, el cuadro no puede ser más sombrío, pero la palabra *dolores* (gr. ódínon)

significa *dolores de parto*, que pueden soportarse con alegría cuando se considera que está para nacer un *nuevo orden de cosas* (comp. Jn. 16:20–22, espec. v. 21). Muchas veces, personas que han resistido toda clase de invitaciones ante la oferta de salvación, son sacudidas hasta lo más íntimo por una desgracia familiar, o un accidente personal o una enfermedad grave. «Doy gracias a Dios por mi lepra—decía un leproso moribundo, en la China Inland Mission—, porque por ella vine aquí y obtuve mi salvación eterna.»

III. Jesús predice los grandes sufrimientos de los suyos y la apostasía masiva de los últimos tiempos (vv. 9–12).

1. Aflicción «*tiempo de angustia para Jacob*» (Jer. 30:7), muerte, odio universal, antisemitismo radical y universal (Dn. 7:25; 9:27) que ya se acentúa notoriamente (la O.N.U. en bloque contra Israel). Si lo aplicamos al cristianismo, el ataque no es tan violento en nuestro tiempo, pero es más sutil no sólo de parte de la seudociencia, sino del liberalismo y de la mundanalidad de tantas iglesias que profesan ser «cristianas» cuando agoniza la verdadera fe y el auténtico amor brilla por su ausencia. Los acontecimientos que aquí se predicen, serán una criba tremenda para los que no hayan escapado de la *ira* (1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 11:18) y *de la prueba que está para venir sobre el mundo entero* (Ap. 3:10).

2. Resultados de la gran prueba: Tres de signo negativo, y dos de signo positivo.

(A) Los resultados de signo negativo que se seguirán de la dureza de esta *gran tribulación* (v. 21; nótese la singularidad de esta *thlipsis megale*, para no confundirla con la que es común a todos los seguidores de Cristo) son: (a) la apostasía de *muchos*: *Muchos tropezarán entonces* (v. 10a). Llegado el tiempo de la gran prueba, tropezarán y retrocederán, como todos los falsos profesantes (13:21; He. 10:39). Tiempos de sacudida, tiempos de tormenta, sacuden y ahuyentan a muchos que parecían seguir a Cristo en días soleados y en calma (comp. 2 Ti. 1:15; 4:16–17). (b) La malignidad de muchos: *Se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán* (v. 10b). Los apóstatas suelen ser los peores perseguidores (el emperador Juliano fue educado con grandes santos de su tiempo; Stalin fue seminarista ortodoxo). Los aparentes aliados consumarán su traición (Dn. 9:27; Ap. caps. 17 y 18), mientras la sangre de los mártires clamará al Cielo (Ap. 6:9–10, 20:4). (c) *El enfriamiento del amor de la mayoría, debido al aumento de la iniquidad* (v. 12; el gr. no dice «*muchos*», como traducen algunas versiones, sino «*los muchos*», que siempre significa «*todos los demás*» o «*la mayoría*»). El amor a Dios y al prójimo se asienta en una *fe viva* (Gá. 5:6) y Jesús viene a decir en Lucas 18:8, mediante una pregunta retórica, que la fe escaseará en los días que precedan a su Segunda Venida. Siempre que los acontecimientos parecen escapar al control de la divina providencia la fe sufre una sacudida tan tremenda, que sólo los verdaderos seguidores de Cristo pueden aguantar la prueba

(B) Los resultados de signo positivo son: (a) La perseverancia final de los verdaderos creyentes: *Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo* (v. 13). Este versículo ha causado mucha confusión por falta de una hermenéutica correcta. Lucas 21:19 *no es paralelo*, pues se refiere *únicamente* a la destrucción de Jerusalén el año 70 como se ve por el versículo 24; ahí se habla de *conservar la vida* como les ocurrió a los creyentes que advertidos por la profecía de Jesús, se pusieron a salvo huyendo a Pella. En cambio, en Mateo 24:13 se trata de la perseverancia en la fe, a pesar de los sufrimientos de la gran tribulación; no quiere decir que la perseverancia sea *la causa* de la salvación eterna—sentido católico romano—, sino que la perseverancia final será la *señal* evidente de la salvación adquirida; probablemente, no se trata aquí de la perseverancia hasta la muerte (sin que ésta se excluya), sino hasta el final de la tribulación. Es consolador saber, por la Palabra de Dios, que siempre queda un «resto» fiel: *los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, etc.* (Ap. 20:4). La *victoria* mediante la muerte es simbolizada en la multitud salva durante la gran tribulación (Ap. 7:9, 14), ya que la *palma*, además de su simbolismo festivo (Lv. 23:40), siempre ha simbolizado el *martirio*, lo cual viene a corresponderse por parte de la Iglesia, representada en el Cielo por los *veinticuatro ancianos*, con sus *coronas de oro* (Ap. 4:4, 10), que no son la diadema de rey, sino la corona (gr. *stéfanos*) del *que venciere* (Ap. 2:7, etc.). Es preferible morir en la pira por causa de Cristo, que vivir en el palacio del Anticristo con todas las comodidades terrenales. (b) *La proclamación del Evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones*. Dentro de este contexto, adquieren especial relevancia los 144.000 sellados de las tribus de Israel (Ap. 7:3–8); v. el coment. a este lugar), testigos cualificados ante los demás israelitas y ante los gentiles de Apocalipsis 7:9 y ss. que se habrán convertido mediante la predicación de estos 144.000 y de los *dos testigos* de Apocalipsis 11, en la primera mitad de la gran aflicción. Según los que no participan de esta opinión

dispensacionalista, Mateo 24:14 se refiere a la predicación del Evangelio en todo el mundo (Mr. 16:15, comp. con Mt. 28:19), antes del fin. Los modernos medios (radio y televisión) han contribuido en las últimas décadas a que eso sea ya prácticamente un hecho, así como la transmisión «vía satélite» hará posible que *todo ojo* pueda ver literalmente al Salvador cuando descienda, en su Segunda Venida, sobre el monte de los Olivos (Zac. 14:4; Hch. 1:11). Para nosotros, Mateo 24:14 comporta una triste aplicación: Si Pablo pudo escribir Romanos 10:18, 15:19 ¿no es una vergüenza para la Iglesia el que haya descuidado su labor misionera (y, ante todo, lo de «*al judío, primero*»), hasta el punto de no haber llegado en más de 1.900 años a lo que llegaron los primeros predicadores del Evangelio en poco más de 30 años? ¿Qué interés tenemos por la salvación de esos miles y miles de almas que cada día pasan a la eternidad? ¿Estamos cumpliendo lo de Hechos 1:8, o frotándonos las manos de gozo, sin más, por nuestra salvación personal?

IV. A continuación, Jesús predice la profanación y ruina de Jerusalén y de su santuario (vv. 15–26), e incluye instrucciones que deben seguir los que entonces vivan en Judea. La interpretación de estos versículos—como de todo el Discurso—, depende de la opinión que se sostenga acerca de la escatología. En especial, depende de la interpretación de Daniel 9:27, al que el Señor hace referencia. Expondremos las dos corrientes más numerosas de interpretación.

1. Los que aplican *la abominación de la desolación* (v. 15), profetizada en Daniel 9:27, al tiempo en que Jerusalén estaba cercada por los ejércitos romanos al mando de Tito, piensan que se hace referencia a algún objeto (imagen, estatua, emblema pagano, etc.), con el que los vencedores profanaban el santuario. Quienes la aplican al final de los tiempos, entienden que se trata de algo que sucederá al comienzo de la segunda mitad de la semana setenta de Daniel 9:27 y durará «*por un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo*», en expresión de Daniel 7:25; 2:7; es decir, tres años y medio; la expresión de Daniel se repite en Apocalipsis 12:14, y varía a sus equivalentes «*42 meses*» en Apocalipsis 11:2; 13:5, y «*1.260 días*» en Apocalipsis 12:6 (v. el coment. a Dn. 12, para más detalles). Jesús alude al *profeta Daniel* (v. 15), el cual habló del Mesías y del reino mesiánico con más claridad que cualquier otro de los profetas del Antiguo Testamento. Jesús hace esta alusión a fin de que ellos viesen cómo la ruina de la ciudad y del santuario estaba profetizada en el Antiguo Testamento, con lo que su propia predicción quedaba confirmada. De esta manera, la Ley y los Profetas hablaban de Cristo tan claramente, que sólo los *insensatos y tardos de corazón* dejan de percibirlo (Lc. 24:25); por otra parte, Cristo cumplía la Ley y los Profetas tan perfectamente, que con ello los *establecía* como Palabra de Dios (5:17; Ro. 3:31). Cristo inserta el paréntesis «*el que lea, entienda*», por tratarse de una profecía oscura, que necesitaba mucha atención para ser entendida correctamente. Quienes leen las Escrituras, deben hacerlo con toda atención para entenderlas bien, de otro modo, de poco les servirá la lectura, pues poco se puede usar lo que se entiende mal o poco. No debemos desesperar de entender las Escrituras, por oscuras que sean pues la gran profecía con que se cierra la Biblia se llama «*revelación*» (gr. *apokalypsis*) no «*secreto*». Ahora bien, *las cosas reveladas son para nosotros* (Dt. 29:29). Por consiguiente, hemos de escudriñarlas con toda humildad, sí, pero también con toda diligencia, y comparar unas porciones con otras aunque sin perder de vista el conjunto.

2. Los medios de preservación que los sensatos habían de emplear en tan graves circunstancias (vv. 16, 20): *Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes*. Siguiendo esta dirección, ya desde el año 66, al advertir la inminencia del peligro los cristianos fueron escapando de Jerusalén, y especialmente huyeron a Pella tanto en el año 68, antes de la caída de la ciudad como mucho tiempo después cuando según testimonio de Epifanio, al ser reconstruida la ciudad por el emperador Adriano el año 135, los cristianos de los alrededores se retiraron por segunda vez a Pella. En tiempos de peligro, no sólo es lícito, sino obligatorio, buscar la propia preservación por los medios legítimos; si Dios abre una puerta de escape, debemos escapar por allí; lo contrario no es obedecer a Dios, sino tentarle. Cuando escapamos del lugar del peligro, no del lugar del deber, hemos de confiar en que Dios proveerá; entonces, la prisa en huir dará la medida de nuestra obediencia, al huir como de una casa que se derrumba o de un navío que naufraga; así salvaron sus vidas Lot y sus hijas, apresurados por los ángeles de Dios. Quizás el que huye, tenga que volver a luchar, pero eso es otra cosa. Véase en los versículos 16–20 la prisa que han de darse, especialmente cuando se cumpla, según muchos, el nivel apocalíptico de la profecía (Ap. 12:6, 14), ante la terrible persecución del Anticristo (vv. 21–24; Ap. caps. 12 y 13). Al ser tan grave el peligro, *los que estén en las azoteas, no deben bajar de allí, sino huir de azotea en azotea, etc., y los que estén en el*

campo, no deben volver a casa, ni aun para llevarse lo más indispensable (vv. 17–18), ya que ello les causaría retraso, por una parte, y por otra, les haría la huida más difícil al ir más cargados. Así leemos que los soldados sirios *arrojaron sus vestidos y enseres por la premura* en huir (2 R. 7:15). Cuanto más despojado, más ligero. Quien tiene a Cristo en su corazón podrá llevarlo a cualquier lugar al que tenga que trasladarse, aunque llegue a verse despojado de todo lo demás. Sería una bendición, por la que Cristo dice que deben orar (v. 20), el que *la huida no tenga lugar en invierno*, cuando resultará duro estar a la intemperie *ni en día de reposo* cuando los judíos estrictos no se habrían de atrever a caminar mucho. Especialmente difícil será la huida para las *mujeres encinta o que estén criando* (v. 19), pues éstas no podrán prescindir de esa preciosa «carga» (comp. con Lc. 23:29). El Señor nos enseña aquí a orar con especial frecuencia e intensidad cuando nos encontramos en tiempos de pública calamidad, para que, si la divina providencia quiere que hayamos de beber también nosotros la copa de la amargura, nos depare la circunstancia favorable que reste amargura a la copa, o el temple necesario para que su amargor nos conduzca a una más estrecha comunión con el Señor. Hay fases *invernales* en nuestra vida, en las que nos sentimos fríos y todo nos parece frío en nuestro derredor: problemas, baches espirituales, depresiones; es el tiempo apropiado para orar: *¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración* (Stg. 5:13). Otras veces, son las enfermedades u otros motivos legítimos los que nos impiden disfrutar, en *el día de reposo*, del culto comunitario y de la comunión fraternal; que ello nos sirva para apreciar más las cosas espirituales y avivar el fuego espiritual del hogar, no dejando que se enfríe el corazón.

3. La grandeza de la aflicción de aquellos días. La singularidad de esta aflicción queda expresada de muchas maneras:

(A) Será una *gran tribulación, cual no la ha habido ni la habrá jamás* (v. 21). Lo de *cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora*, hace más que probable la referencia a Daniel 12:1; lo de *ni la habrá jamás* por muy grave que fuese la tribulación del año 70, apunta más bien a Daniel 12:1–2; Apocalipsis 7:14; 12:12–17; 13:7, etc. En todo caso, y sea cual sea la opinión que se tenga en cuanto al tiempo del cumplimiento final de esta parte del Discurso del Olivete, la aplicación para el inconverso es que aprenda a *huir de la ira venidera* (3:7–8; Ro. 2:3–16); y para el creyente, que *vele, sea sobrio y alentarse los unos a los otros con esta esperanza de la Segunda Venida del Señor* (1 Ts. 4:13–18; 5:4–9).

(B) Será una tribulación tan insoportable, que *si aquellos días no fuesen acortados* por la rápida venida del Hijo del Hombre, *no se salvaría nadie* (vv. 22, 27). *Los escogidos* son, con toda probabilidad, los escogidos entre los judíos (Is. 65:9), salvos entonces mediante el testimonio de los de su propia raza. Éstos tendrán que reconocer que nos les podrá salvar su espada ni su ejército, sino sólo la espada aguda que saldrá de la boca del Verbo de Dios (2 Ts. 2:8; Ap. 19:15, 21). En el tiempo de la angustia de Jacob, Dios se acordará de sus *elegidos* para acortar el tiempo. En vez de quejarnos de que nuestras aflicciones duren demasiado, debemos dar gracias a Dios de que se pasan pronto; si tenemos en cuenta nuestros defectos, y la labor de purificación refinadora que, por medio de ellas, quiere Dios nuestro Padre llevar a cabo en nosotros, no pediremos otra cosa, sino que *se haga su santa voluntad*, no sea que, con una oración demasiado insistente para que cese la prueba, impidamos que el divino artista lleve a la perfección esa imagen de Cristo que está dibujando en nosotros (Ro. 8:29).

(C) El levantamiento de falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes señales y prodigios, da a entender que esto sucederá en la Segunda Venida del Señor, pues esto—ya lo hemos dicho—no sucedió en los años 68–70, sino que cuadra perfectamente con 2 Tesalonicenses 2:9, 11; Apocalipsis 13:13–14; 16:14.

(D) La rápida y decisiva intervención del Señor Jesús en su Segunda Venida. Vendrá *como el relámpago* (v. 27), de modo que quienes le busquen en aquella hora, no tendrán que mirar *hacia fuera* («en el desierto»), ni *hacia dentro* («en las habitaciones interiores», v. 26), sino *hacia arriba*, en donde todos los verdaderos creyentes hemos de esperarlo (1 Ts. 1:10). Es lástima que las crecientes comodidades que proporciona la moderna sociedad de consumo atraigan tanto la atención de los mismos creyentes que muchos de ellos se olviden de mirar hacia arriba. A pesar de ser su intervención tan súbita como el relámpago (y tan divina, porque sólo Dios puede producir los relámpagos), será visto por todos, lo cual está implicado en esa figura del relámpago que *sale del oriente y brilla hasta el occidente*. El versículo 28, tan difícil para muchos expositores, se hace sencillo cuando se compara con Lucas 17:37 y Apocalipsis 18:21b. No se trata de *águilas* propiamente dichas (no hay referencia directa a los estandartes romanos), ya que éstas no se alimentan de carroña, sino de buitres de una clase especial, y la frase expresa la tremenda mortandad que la Segunda Venida del Señor producirá en aquella batalla (Ap. 16:16; 19:21).

Versículos 29–51

Esta porción, según todos los comentaristas, habla claramente de la Segunda Venida del Señor. La frase: *E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días*, favorece sin duda a quienes ven en la porción anterior una profecía, no de la destrucción de Jerusalén en el año 70, sino del fin de la era presente. Veamos cómo Cristo predice su Segunda Venida:

I. Declarándola paladinamente (vv. 29–31). *El sol se oscurecerá, etc.*

1. Primero se nos dice que habrá un tremendo cambio en la creación, y en especial, en los cuerpos celestes: *El sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor* (comp. Is. 13:9 y ss.; Ez. 32:7; Jl. 2:31, citado en Hch. 2:20; 3:15; Am. 8:9; Ap. 6:12); y *las estrellas caerán, y las potencias de los cielos serán sacudidas*; es decir las fuerzas que mantienen la estabilidad del mundo sideral. La cita de Hechos 2:20 es altamente significativa, pues nos da a entender que siempre que Dios se dispone a llevar a cabo un acontecimiento «revolucionario» (lo será el derramamiento del Espíritu), el Universo entero participa en él. A lo largo de la literatura profética de la Biblia, se halla una superposición de planos, en los que reaparece este sacudimiento cósmico, el cual tendrá su final totalmente *literal*, cumplimiento al tiempo del gran juicio ante el Trono Blanco (2 P. 3:7–12; Ap. 20:11; 21:1). Será entonces, cuando los dichosos habitantes de la nueva Jerusalén, en un Universo transformado a fin de ser el hábitat conveniente para los redimidos hijos de Dios (Ro. 8:19–22), no necesitarán del sol, ni de la luna, ni de las estrellas, porque tendrán luz perpetua con la gloria de Dios que reverberará en el Cordero (Ap. 21:23; 22:5). Cuando el Señor murió, el sol se eclipsó sobrenaturalmente (es imposible tal eclipse en luna llena), para dar a entender que el juicio del mundo pesaba *sobre Jesús* (2 Co. 5:19–21), pero, al final, el sol cesará en su luz, no para producir oscuridad, sino para dar paso al eterno Sol de justicia, que alumbrará a los hijos de Dios por los siglos de los siglos, mientras caerán las tinieblas eternas sobre los hijos de la noche (1 Ts. 5:5; Ap. 20:10; 21:8), quienes sufrirán así *sobre sí mismos* el juicio de Dios, por no haber querido aceptar el juicio que Dios llevó a cabo en la Cruz (Jn. 3:17–21; 8:24; He. 10:26–31; 2 P. 3:7; Ap. 22:15, y especialmente Jn. 5:24, donde taxativamente se dice que *el que cree, no viene a juicio*).

2. *Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo* (v. 30). No resulta fácil identificar esta señal (¿la gloria de la *shekinah*?). En su Primera Venida, Jesús *fue puesto para señal que es objeto de disputa* (Lc. 2:30), pero en su Segunda Venida será puesto para señal que es objeto de admiración, pues *aparecerá sin relación con el pecado* (He. 9:28), ya que todos *sus enemigos habrán sido puestos por estrado de sus pies* (Sal. 110:1; He. 10:13) ¿En qué relación estamos con Jesucristo? ¿De qué forma queremos que nos sorprenda su Venida?

3. *Y entonces harán duelo todas las tribus de la tierra*. La alusión a Zacarías 12:10–14, sitúa en primer plano a las tribus de Israel, aunque Apocalipsis 1:7 parece incluir un trasfondo más extenso. Este duelo no es señal de condenación—como algunos comentaristas interpretan erróneamente—, sino de contrición sincera, al reconocer en Jesús, *a quien traspasaron*, al verdadero Mesías; de ahí que Israel figure en primer plano (v. Hch. 2:23, 36; 3:15; 4:10; etc.). Los pecadores arrepentidos al ver a Cristo en la Cruz, lloran con *la tristeza que es según Dios* (2 Co. 7:10); los que siembran con esas lágrimas, pronto cosecharán con gozo (Sal. 126:5; Is. 25:8 Ap. 7:17; 21:4). Ninguna lágrima sincera se pierde en la presencia de Dios (Sal. 56:8).

4. *Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria*. Vemos aquí que:

(A) El juicio del gran día es encomendado al Hijo del Hombre (Jn. 5:22, 27).

(B) El Hijo del Hombre vendrá aquel día *sobre las nubes*. Las nubes son las intermediarias entre el Cielo y la Tierra, no sólo porque ellas absorben de abajo el agua salada que después devuelven dulce mediante la lluvia, sino especialmente porque la nube fue siempre el lugar donde la presencia de Dios se revelaba, al mismo tiempo que se velaba (17:5); por eso, Cristo, al subir a los cielos, *fue hecho invisible* tras la nube, pero aquel día *será hecho visible viniendo sobre las nubes* (Hch. 1:9, 11; v. tamb. Dn. 7:13–14).

(C) En su Primera Venida, Jesús apareció en estado de humillación profunda y de debilidad (2 Co. 13:4; Fil. 2:6–8), pero en su Segunda Venida, aparecerá *con poder y gran gloria* (v. 2 Ts. 1:7–10).

(D) Con esta gloria vendrá el Juez, para que los pecadores queden totalmente confundidos, habiéndole despreciado cuando vino en humildad y mansedumbre. «¿Es éste—dirán—aqueel Jesús a quien

tuvimos en poco, a quien rechazamos, contra el que nos rebelamos, a quien pisoteamos, cuya sangre tuvimos por inmunda? (He. 10:29) ¡Vino para ser nuestro Salvador (Lc. 19:10), pero ahora es nuestro Juez!» Si el lector no es verdadero creyente y no se siente aún movido a sincera contrición, que ore al menos con aquella admirable estrofa del *Dies irae*: «Buscándome, te sentaste cansado (v. Jn. 4:6); me redimiste, padeciendo en la Cruz (2 P. 2:1 «*negarán al Dueño que los compró*»); ¡Que tanta fatiga no sea en vano para mí!»

(E) *Enviará sus ángeles con gran voz de trompeta* (v. 31). No pertenece a este lugar el analizar si esta *trompeta* coincide con la de 1 Corintios 15:52 y 1 Tesalonicenses 4:16, como algunos opinan, o con la de Apocalipsis 11:15, como parece más probable. La *trompeta* de 1 Corintios 15:52 suena como una llamada militar a la resurrección gloriosa de *los que son de Cristo, cada uno en su debido orden* (1 Co. 15:23). La *trompeta* de Mateo 24:31; Apocalipsis 11:15 suena para anunciar el comienzo del reino mesiánico, con el juicio sobre sus adversarios. Ésta será *trompeta* de ángeles, que vendrán escoltando al Hijo del Hombre (16:27; 2 Ts. 1:7), mientras que la de 1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16 es «*trompeta de Dios*», fuera de la serie descrita en Apocalipsis 8:6, etc. Baste con esto, por ahora. Los ángeles que *reunirán a los escogidos, de los cuatro vientos, etc.*, son los mismos que en 13:30, 39–43, han de separar la cizaña del trigo, para quemar aquella y almacenar éste en el granero del reino de Dios.

II. Aplicándola para instrucción general, para acertar a discernirla (vv. 32–36): *De la higuera aprended la parábola*. La higuera es frecuentemente un símbolo de la nación de Israel (Jer. 24; Os. 9:10; Jl. 1:6–7; Lc. 13:6, comp. con Mt. 21:19–20). Es como si Jesús quisiese predecir, junto con estos eventos escatológicos, una nueva vida para el futuro reino de Israel (Hch. 1:6–7). Es como si estuviésemos ante el prospecto de una nueva primavera: *Cuando ya su rama se ha puesto tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca*. Las obras de Dios son siempre perfectas. Él tiene un plan para la historia del mundo, y ese plan se llevará a cabo sin que nada ni nadie pueda impedir que se cumpla. Él tiene también un plan para cada hijo suyo, y sean cuales sean las vicisitudes por las que hayamos de atravesar, *estamos persuadidos de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo* (Fil 1:6). Respecto a los acontecimientos que esperamos, de acuerdo con lo predicho aquí por el Salvador:

1. Jesús nos asegura con su palabra divina que así ha de ser: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (v. 35). La palabra de Jesús es más firme que las fuerzas cósmicas que mantienen en equilibrio todo el Universo, desde los subátomos hasta las galaxias, porque cuando los cielos y la tierra actuales *pasen* para ser transformados en *nuevos cielos y nueva tierra* (Ro. 8:19–22; 1 Co. 7:31; Ap. 21:1), las solemnes predicciones de Cristo no sufrirán jamás la mínima alteración, todo se cumplirá en el tiempo de Dios, que es el mejor tiempo, y de la manera que Dios hace todas las cosas, que es la mejor manera. Cada palabra de Dios (y Cristo es Dios) es *sumamente acrisolada* (Sal. 119:140) y, por tanto sumamente asegurada (1 P. 1:23).

2. Después da instrucción en cuanto al tiempo en que esto ha de suceder (vv. 34, 36).

(A) En cuanto al tiempo en general, será durante «esta generación»: *De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca* (v. 34). Este difícil versículo es explicado de diversas maneras: (a) se refiere únicamente a la generación contemporánea de Jesús, pues antes de 40 años podrían presenciar la destrucción de Jerusalén; esto no se compagina con el contexto que habla claramente de la Segunda Venida del Señor; (b) se refiere a la generación contemporánea del *final* que empieza por la restauración oficial del Estado de Israel en 1948; esta opinión, sostenida especialmente por muchos judíos conversos contemporáneos parece forzar el texto y trata peligrosamente de fijar una fecha límite—1988—con el descrédito que sigue a toda fijación de fechas no cumplidas (que lo digan los «Testigos de Jehová»); (c) se refiere a la permanencia de los judíos a lo largo de la Historia, contra viento y marea, como ejemplo vivo de la providencia de Dios que efectúa algo así como un milagro de supervivencia; según Romanos 11:25, este *misterio* se aclarará cuando *haya entrado la plenitud de los gentiles*; pero cuándo será esto, no lo sabemos. Los planos se superponen una vez más en la profecía, y la generación que presenció la destrucción del año 70 se extiende hasta la de los que *mirarán al que traspasaron*.

(B) *Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre* (v. 36). Hay un *día* fijado, el llamado *día de Jehová* (*día del Señor*, en el Nuevo Testamento), frase frecuente en los libros proféticos, como puede verse con una ligera ojeada a una pequeña Concordancia; este día es conocido únicamente *por el Padre* (Hch. 1:7). En Marcos 13:32 (lectura bien atestiguada),

Jesús se excluye a Sí mismo de tal conocimiento: *ni el Hijo*. Basta un conocimiento elemental de la Teología para saber que Cristo, *en cuanto Dios*, siendo igual al Padre (Jn. 10:30), conocía también esto, pero no como *Revelador* (Verbo) del Padre (v. el com. a Mr. 13:32). La incertidumbre del *día y de la hora* en que el Señor ha de venir, sirve para mantener en vela a los creyentes, pues para ellos es *olor de vida para vida*; a los incrédulos, por el contrario, les sirve para despreocuparse más y más de su salvación; para éstos, es *olor de muerte para muerte* (2 Co. 2:16).

III. Exhorta, por ello, a estar preparados (vv. 37–44). Puesto que:

1. Aquello vendrá de improviso, *como pasó en los días de Noé* (vv. 37–39). En tiempos de Noé, Dios hizo un severo juicio contra la humanidad corrompida, por medio del Diluvio, mientras los hombres vivían sólo para dar pábulo a los sentidos, despreocupados de la palabra de Dios y de la ruina que se les venía encima. La moderna apostasía de las masas es un síntoma de que nos acercamos al final. *Comer y beber* son necesarios para la conservación del individuo; *casarse y darse en matrimonio* lo son para la preservación de la especie humana; pero el necio estoicismo (o epicureísmo) del «*comamos y bebamos, porque mañana moriremos*» (Is. 22:13; 1 Co. 15:32), equivale a la táctica del avestruz, que esconde la cabeza bajo la arena cuando ve venir el enemigo, como si por no verle, pudiese escapar de él. ¡Cuántas veces, los incendios u otros graves accidentes, sorprenden a las víctimas en lugares de jolgorio y de crápula! ¡Qué encuentro tan terrible con el Juez! ¡No busquemos lugar, compañía ni ocupación en que no querríamos que nos sorprendiese la muerte!

2. El resultado será horrible como lo fue en los días de Noé: *No se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos* (v. 39). *¡No se dieron cuenta!* A pesar de que Noé les predicaba, de alguna manera, *mientras se preparaba el Arca* (He. 11:7; 1 P. 3:20) ellos *desobedecieron; no creyeron*, y fueron justamente condenados cuando se creían seguros. *Hasta que vino el diluvio, etc.* Vino el diluvio cuando no lo esperaban, o pensaban que sería una lluvia cualquiera. Cuando se dieron cuenta de la catástrofe, era demasiado tarde. La aplicación va a continuación: Así *será también la venida del Hijo del Hombre*. La falsa seguridad y la sensualidad parecen ser las constantes históricas que marcan la proximidad de una catástrofe (Lc. 21:34; 1 Ts. 5:3, como un eco de Jer. 6:14; Ez. 13:10, entre otros lugares). Como el diluvio se llevó a los coetáneos de Noé, así se llevará la Segunda Venida del Señor a los que no se arrepientan en la última y gran tribulación.

3. Será un día de separación (vv. 40–41). Los escogidos serán reunidos de los cuatro vientos (v. 31), para participar de las bendiciones del reino mesiánico. Es sumamente interesante que Lucas no intercale estos versículos en el capítulo 21 sino en 17:34–35, en un contexto que habla de *la venida del reino*. A la vista del versículo 29 («*después de la tribulación de aquellos días ...*»), al empalmarlo con el *entonces* del versículo 40, no queda otra explicación consecuente de esta separación súbita, sino la de aquellos que afirman que *no se trata del arrebatamiento de la Iglesia* (a pesar de ser ésta la opinión corriente), sino de que *uno será tomado para juicio, y otro dejado para gozo*; no sólo lo pide el contexto, sino incluso el paralelismo del *se los llevó* del versículo 39. El Señor pone un ejemplo de labor masculina: dos trabajando en un campo, y otro de labor que solía llevarse a cabo por mujeres: dos moliendo en un molino. Son ocupaciones corrientes, en las que el Señor sorprenderá a las personas de aquel tiempo aunque parezcan ocupaciones de la clase llamada «baja» (Éx. 11:5), *el escogido* no perderá su bendición abundante. Por muy dispersos y escondidos que se hallen, los ángeles los encontrarán y los reunirán. ¡Qué sorpresa tan fabulosa, del campo o del molino a las manos de los ángeles para disfrutar de las bendiciones del reino! Quienes están *en las manos de Cristo y del Padre, no perecerán jamás* (Jn. 10:28–29). ¿Estarán mezclados con los malvados en el campo, en el taller o en la oficina? ¡Que no se desanimen! Los ángeles los encontrarán y separarán el trigo de la cizaña (13:40–43).

4. Por tanto, hay que velar (vv. 42–44). Esto también tiene aplicación devocional para nuestro tiempo, y en este sentido lo podemos entender:

(A) *Velad, pues* (v. 42). Es un deber general de todos los seguidores de Cristo el *velar y estar despiertos* como *hijos del día y de la luz* (1 Ts. 5:4–11). Así como el estado de pecado es comparado al sueño y a la muerte (v. Ef. 2:1, 5; 5:14; 1 Ts. 5:6), y denota la inconsciencia y la inutilidad, así también el estado de gracia se caracteriza por la vigilancia y la actividad provechosa (1 P. 5:8; 2 P. 1:8). *Velar* implica, no sólo creer que el Señor viene, sino esperar y anhelar que el Señor apresure su Venida (2 P. 3:12–14; Ap. 22:17, 20); equivale a mantenerse en aquella disposición de ánimo y espíritu en la que desearíamos que el Señor nos encuentre cuando venga. *Velar* indica también que estamos como en la

noche, cuando los demás duermen; por eso, necesitamos una fuerza especial para mantenernos despiertos entre los que no se aperciben de las cosas celestiales.

(B) *Estad preparados* (v. 44). En vano velaríamos, si no estuviésemos bien preparados. No es suficiente con tener *buena vista*; es menester también *poner diligencia* (2 P. 1:9–10). Cuando nos espera una herencia tan copiosa, cuando hay por delante una meta tan halagadora y un premio tan excelente, debemos controlarnos bien y lanzarnos presurosos hacia adelante (1 Co. 9:24–27; Fil. 3:13–14).

(C) Las razones para que velemos y estemos preparados son dos: (a) porque no sabemos cuándo vendrá el Señor; (b) porque su Venida tendrá enorme trascendencia para la felicidad de los que estén preparados y para la desdicha de los que no lo estén. En efecto, *no sabemos a qué hora ha de venir nuestro Señor* (v. 42). No sabemos ni el día en que iremos a su presencia ni el día en que Él se hará presente. La muerte no tiene consideración a ninguna edad, y el Señor puede venir cuando menos lo pensemos (v. 44). Sabemos *que* vendrá, pues Él lo ha prometido, pero no sabemos *cuándo* vendrá; es decir, será una hora en que los no preparados no habrán pensado, pues no lo esperaban (v. 50), y aun los que le esperaban no pensaban que fuese a venir precisamente a la hora *aquella*. Al ser esto tan trascendente, habríamos de aprender de los hombres del mundo, que saben obrar con prudencia respecto a las cosas materiales (v. 43). Cuando un amo tiene sospecha de que en cualquier hora de cualquier noche puede venir un ladrón a robarle, está en vela y, aun cuando duerma, el menor ruido le despierta, y siempre está preparado para dar al ladrón una acogida «calurosa». Al saber, pues, que el Señor va a venir, y al no saber *cuándo*, es de una prudencia elemental el estar en vela y preparados, *para que aquel día no nos sorprenda como un ladrón* (1 Ts. 5:4). Cuando venga Cristo, si nos encuentra durmiendo y mal preparados, nuestra casa será horadada y se perderá todo cuanto haya de algún valor en ella. *Por tanto, también vosotros estad preparados*; tan preparados como el buen amo de su casa estaría a la hora en que puede esperarse que venga el ladrón.

IV. Y muestra cuál será el resultado de estar o no estar preparados para su Segunda Venida. Ésta es la segunda razón para velar y estar debidamente preparados, porque lo que aquí se juega tiene que ver con nuestro destino eterno. La venida del Señor traerá inmensa felicidad al siervo preparado, *fiel y prudente*, e inmensa desdicha al *siervo malo*. Comparemos la suerte de uno y otro (vv. 45–51).

1. En cuanto al *siervo bueno* (vv. 45–47) muestra lo que es: uno que *está al frente de la servidumbre*; lo que debe ser: *fiel y prudente*; y si lo es, lo que será eternamente: *dichoso*.

(A) Su oficio es *estar al frente de la servidumbre, para que les de el alimento a su tiempo*. Esto tiene aplicación especial a los *administradores de los misterios de Dios* (1 Co. 4:1). Los ministros de Dios están puestos para ejercer autoridad (1 Ti. 5:17), no como príncipes o señorones (1 P. 5:3), sino como servidores y administradores; no como dueños, sino como *guías* (He. 13:17). Su autoridad les viene de Cristo, y su labor consiste en tener bien alimentada con la buena doctrina y el buen ejemplo la grey de Cristo a su debido tiempo. Su labor es *dar*, no tomar para sí solos, lo que el amo *ha comprado* al precio de su sangre; han de dar *alimento*, no leyes (eso le compete al amo), y alimento que sea sano y nutritivo; y han de darlo *a su tiempo* (gr. *en kairó*), es decir, cuando sea oportuno de acuerdo con la necesidad y las circunstancias.

(B) El siervo bueno ha de desempeñar bien su oficio de administrador.

(a) Ha de ser *fiel*. Fiel es aquel en quien se puede confiar; y cuanto más valioso es lo que se le confía, tanto mayor es la fidelidad que de él se espera. Por eso *se requiere especialmente de los administradores de los misterios de Dios, que cada uno sea hallado fiel* (1 Co. 4:2). Ministro fiel de Cristo es aquel que busca sinceramente el honor de su Señor, no el suyo propio; el que tiene consideración con los débiles y reprende a los grandes, sin acepción de personas.

(b) Ha de ser *prudente* y discreto en el modo de desempeñar su oficio. Para guiar bien la grey se necesita, no sólo integridad de corazón, sino tacto y tino de manos. A un siervo le basta con ser honesto, pero un buen administrador necesita ser prudente.

(c) Ha de ser *activo*. El oficio de supervisor es *buena obra* (1 Ti. 3:1). En la Iglesia de Roma se inventó un proverbio sarcástico acerca de los jerarcas, a base de este versículo de 1 Timoteo 3:1: «Lo de *buena*, para el obispo; lo de *obra*, para el vicario». Pero el ministro de Dios no puede limitarse a echar sobre otros las cargas que él debe desempeñar personalmente, como tampoco debe monopolizar todos los ministerios, de modo que los demás creyentes hayan de limitarse a las cuatro «virtudes» de los laicos, como irónicamente comentó un obispo en el Vaticano II: oír, callar, obedecer y rezar. Si la Iglesia de

Cristo es un *cuerpo*, un organismo vivo, cada miembro ha de ejercitar su respectiva función; lo contrario lleva a la atrofia y a la hipertrofia, es decir, a la deformidad. Quienes tienen celo por el honor de Dios y el bien de las almas, siempre tienen algo que hacer, y hacerlo con un objetivo bueno y concreto.

(d) El Amo lo ha de *encontrar*, no hablando, sino *obrando así* (v. 46b). Esto insinúa: *Primero*: Constancia en el trabajo, para que el amo le halle ocupado en el trabajo de cada hora, a cualquier hora que Él venga. Así como de parte de Dios, el final de una misericordia es el comienzo de otra, así también de parte de sus ministros fieles, el final de una obra buena ha de ser el comienzo de otra. *Segundo*: Perseverancia en el obrar hasta que venga el Señor.

(C) El siervo fiel será amplia y generosamente recompensado:

(a) Será buscado y reconocido como bueno, lo cual se insinúa en esa pregunta: *¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente?* (v. 45), lo cual parece implicar que esta clase de siervos escasean (comp. Pr. 31:10). Pero los que responden a los rasgos característicos que aquí se detallan, serán honrados y distinguidos por Cristo con grandes privilegios y honorables responsabilidades que posteriormente les ha de conferir.

(b) Será *dichoso* (v. 46), con el rico contenido que esta palabra tiene en su sentido bíblico; no es una dicha terrena (pobre, frágil, efímera), sino una bienaventuranza (plena, firme, eterna) lo que le espera al siervo fiel. Todos los que *mueren en el Señor*, son *bienaventurados* (Ap. 14:13); pero hay una dicha especial, reservada para los que son hallados buenos siervos y administradores. Al ser *asistentes* (según el gr. de 1 Co. 4:1) de Cristo, así como han de estar más cerca del general en jefe durante la batalla, así lo estarán también en la celebración de la victoria y en la recogida del botín.

(c) Será promovido a más alto cargo: *De cierto os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda* (v. 47). Los señores y jefes sensatos suelen promover a los más altos puestos de honor y responsabilidad en sus feudos y empresas, a los subalternos y asistentes que mayor competencia y fidelidad muestran en el desempeño de sus respectivas funciones. Pero el mayor honor que el señor más poderoso de este mundo pueda, o haya podido jamás, conferir a uno de sus más fieles servidores, es como nada en comparación del *peso de gloria* (2 Co. 4:17) que el Señor Jesús conferirá a sus fieles siervos en el mundo venidero.

2. En cuanto al *siervo malo*, tenemos aquí:

(A) La descripción que de él se hace (vv. 48–49). La más vil de las criaturas es una persona malvada; el más vil de los seres humanos es un mal creyente, y el más vil de los creyentes es un mal ministro de Dios. Veamos:

(a) La causa de su maldad, que es una *falsa doctrina*: *Dice en su corazón: Mi señor tarda en venir* (v. 48). Con esta falsa opinión llega a creerse que quizá no vendrá nunca. El aparente retraso es señal de paciencia (2 P. 3:9), pero los *burladores sarcásticos* lo toman como fábula para seguir *andando según sus propias concupiscencias* (2 P. 3:3–54). Los que sólo creen a sus sentidos corporales están siempre prestos a decir del Señor Jesús lo que el pueblo de Israel decía de Moisés cuando éste se tardaba en bajar del monte: *Hazos dioses ... porque a este Moisés ... no sabemos qué le haya acontecido* (Éx. 32:1). Los que no sirven a Dios, sirven a dioses falsos: *el dinero* (6:24) o *el vientre* (Fil. 3:19): ídolos, ídolos, ídolos (que significa en griego: *todo figura*, y nada más).

(b) La consecuencia de su maldad, que es una *práctica perversa*, pues es un esclavo de sus pasiones y apetitos. Esto se muestra en dos vicios muy característicos de los malos jefes, ya sean superiores o subalternos:

Primero, la violencia: *Comienza a golpear a sus consiervos*. No es cosa nueva entre los malos servidores el tratar violentamente a sus consiervos y a sus subordinados. ¡Ojalá no se diera esto también entre creyentes! Este mal siervo les golpea para imponer su autoridad, o porque le echan en cara su conducta o porque no le hacen tantas reverencias como espera de ellos. El administrador que trata a los subordinados con dureza, suele hacerlo en nombre del amo, por la causa del amo, en el ejercicio incorrecto de la autoridad delegada por el amo; pero algún día sabrá que no ha podido hacer mayor afrenta al amo con la forma en que se ha comportado en ausencia de éste.

Segundo, la crápula: *Y a comer y a beber con los borrachos*. No sólo abusa de la comida y de la bebida, sino que se asocia con los peores viciosos. Busca la compañía insensatamente jovial de los borrachos, y así los endurece más y más en su vicio. La ebriedad es un vicio terrible, porque es la puerta de otros vicios peores, ya que los que son esclavos del alcohol, no son dueños de sí en ningún otro terreno

de la ética. ¡Ésta es la descripción de un mal administrador, de un ministro que quizá posee gran erudición y elocuencia, más que muchos otros!

(B) El juicio que le espera (vv. 50–51). Obsérvese:

(a) La sorpresa que el mal siervo se va a llevar: *Vendrá el señor de aquel siervo el día que éste no espera, y a la hora que no sabe*. Dejar de pensar en la Segunda Venida de Cristo no es demorar que Cristo venga (o la muerte, que acarreará las mismas consecuencias). Nuestra imaginación no tiene poder para parar el reloj de Dios como tampoco lo tiene para ponerlo en marcha. La Venida de Cristo será la más desagradable y terrible sorpresa para los pecadores despreocupados especialmente para los malos ministros del Señor. *Vendrá el día que el siervo no espera*; pero éste no tendrá excusa: *Mirad que os lo he predicho* (v. 25).

(b) La severidad del castigo. No es más severo que lo justo, pero comporta una ruina total:

Primero, en cuanto al castigo corporal mediante una muerte horrible: *Lo castigará muy duramente*.

Lit. *lo cortará por la mitad* (v. 2 S. 12:31; He. 11:37). La muerte corta *en dos* de muchas maneras: separa al hombre de sus más íntimos, de sus intereses más queridos, de sus planes acariciados, de sus diversiones más entretenidas, de la sociedad, del mundo, etc. Pero en especial efectúa un corte dolorosísimo, al separar el cuerpo del alma, tan íntimamente unidos que constituyen una sola persona. Esta separación es llevadera, y hasta gozosa, cuando hay esperanza segura de ir a la presencia del Señor (2 Co. 5:8; Fil. 1:21–23), pero es horrible e intolerable cuando alma y cuerpo van a ser echados en el Infierno (10:28).

Segundo, en cuanto al castigo eterno: *Pondrá su parte con los hipócritas*, compartirá el destino de los más abominables enemigos de Cristo y de su Evangelio. Cuanto más larga sea la capa religiosa bajo la cual se oculte el siervo, el administrador de las cosas de Dios, tanto peor será su porción eterna: con los hipócritas puesto que son los peores hipócritas. La frase de Abraham al rico inmisericorde: *Hijo, acuérdate ...* (Lc. 16:25), será como un cuchillo afiladísimo, penetrante en el corazón de un ministro de Dios que se haya comportado como un malvado cualquiera. ¡Predicar a otros salvación, para que vayan al Cielo, y precipitarse el predicador en la boca del Infierno es cosa terrible! (v. 1 Co. 9:27, aunque en este caso no se trata de la condenación eterna). *Allí será el llanto y el crujir de dientes*, frase que, como en otros lugares, expresa la angustia y la desesperación de los réprobos, bajo la ira y la indignación de Dios. Quien es ahora *Salvador*, será entonces *Juez*, y cada uno irá al estado y lugar que para siempre Él decreta, según la conducta anterior de cada uno (Ro. 2:6).

CAPÍTULO 25

Este capítulo contiene y concluye el discurso del Señor sobre su Segunda Venida. Su interpretación depende de la opinión que se tenga sobre las últimas cosas. Nos limitaremos a indicar nuestro punto de vista, para pasar a las aplicaciones prácticas, devocionales, útiles a todos, cualquiera que sea la opinión que se sostenga. El capítulo se divide en tres partes: primera, la parábola de las diez vírgenes, que recalca la necesidad de estar alerta para la Segunda Venida del Señor (vv. 1–13); segunda, la parábola de los talentos que hace ver la necesidad de un servicio fiel durante su ausencia (vv. 14–30); y la tercera, que contiene el juicio de las naciones delante del Hijo del Hombre (vv. 31–46).

Versículos 1–13

La parábola de las diez vírgenes es una bella historia sacada de la costumbre de los judíos en las solemnidades matrimoniales según la cual el novio, acompañado de sus amigos, se dirigía de noche a casa de la novia para tomarla durante la celebración de ciertas ceremonias religiosas, y partir luego ambos y los acompañantes a casa del novio para seguir celebrando la solemnidad y tener el banquete de bodas. La comparación con Lucas 12:35–37 y los MSS que añaden en versículo 1 «y a la esposa», nos dan a entender que aquí se trata de la segunda fase de las solemnidades. Vamos a analizar ahora los elementos que intervienen en la parábola.

I. El *esposo* es, sin duda, Jesucristo, mostrándose aquí en la suprema manifestación de amor a su esposa, la Iglesia, después de haberla comprado para sí con su preciosa sangre (Ef. 5:27, que muestra el